

Anticipar y comunicar o salir corriendo

Días atrás un amigo comentaba, apesadumbrado, la desasosegada sensación de soledad que experimentaba a la hora de tomar decisiones relacionadas con la escolaridad de sus hijos. ¿Cómo saber qué escuela elegir? ¿Quién le aseguraría que la opción seleccionada sería el ámbito ideal para formarlos? ¿Cómo saber si el ideario anunciado se pondría en práctica a la hora de cerrar la puerta del aula?

Esta misma sensación de soledad, de indefensión, suele atravesar a madres y padres muchas veces a lo largo de la vida. Si la elección de la institución educativa es acertada, -si coincide con las expectativas familiares, hecho que se descubre una vez iniciado el camino-, lo esperable es que durante el año lectivo, docentes y padres trabajen mancomunadamente estimulando, guiando, promoviendo capacidades, educando a niños y jóvenes dentro y fuera del ámbito escolar.

De alguna manera, entonces, el desasosiego -ese que transmitía el papá del inicio de este texto-, se mitiga por un lado, al confrontar expectativa con realidad y por otro al construir un espacio de intercambio en pos del bienestar de sus hijos con docentes y con otros padres.

Es claro que durante el ciclo escolar, la agenda de la infancia y la juventud se organiza, bajo la mirada común de padres y docentes más allá de las horas de escuela. No es que no exista tiempo libre, pero es un tiempo planificado, incluso el destinado al esparcimiento, en equilibrio entre deberes, tareas y diversión.

Sin embargo, cuando se acercan las vacaciones, este armado, organigrama, marco de referencia o como quiera ser llamado, se desvanece. Madres y padres se ven, de buenas a primeras, solos frente a sus hijos y a ellos mismos, con el tiempo sin agenda y lo que, en un primer momento puede parecer un espacio de encuentro, se torna en muchos otros, en un problema cotidiano.

Si bien esto sucede en la mayoría de los ámbitos, las grandes ciudades con sus riesgos y sus características parecen complicar aún más el panorama. En aquella conversación del inicio, el mismo hombre, oriundo de una ciudad de provincia, se lamentaba que no terminaba de asimilar “la vida de departamento”, que muchas veces ese ámbito lo expulsaba, fundamentalmente cuando el tiempo libre, fines de semana y vacaciones se acercaban. Para algunos adultos, el tiempo libre con sus hijos puede ser *la situación tan temida*.

Tal vez uno de los aportes que la educación puede hacer al tiempo libre es la idea de planificar, de anticipar para disfrutar. Es idílico imaginar a una familia levantarse cada mañana mirarse a lo ojos y definir qué hacer durante el tiempo libre. Muchas y muchos saben que esta situación suele ser una de las que mayor stress familiar producen durante las vacaciones. Qué hacer, adónde ir, cómo responder a las demandas de los hijos sin que esto agote a los adultos y se genere un conflicto familiar. La pregunta no es a dónde ir sino cómo compartir ese tiempo, sin presión, con disfrute y con el cuidado de los hijos.

Un viejo cuento de Graciela Montes, llamado la Familia Delasoga, describía a una familia en la cual por vivir “unidos”, sus integrantes estaban ligados por una soga que no les permitía moverse con libertad, con fluidez y les complicaba la vida con ataduras asfixiantes.

La planificación familiar, la organización de una agenda básica, fácilmente modificable, intercambiable, que incorpore propuestas comunes y otras inter pares (para padres e hijos independientes y con todas las variantes y combinaciones posibles), en las cuales los espacios de encuentro propongan tiempo de comunicación e intercambio. A la vez, como en el caso de aquellos proyectos en los cuales los hijos armen sus propias actividades, es fundamental que se sientan cuidados pero no vigilados, atendiendo a no cruzar esa delgada línea que divide la confianza de la desconfianza.

La capacidad de anticipar y comunicar puede ser un camino para que el stress no sature de insatisfacción, temor o frustración, los vínculos que mayor felicidad o infelicidad pueden producirnos. Y así disfrutar del encuentro amoroso y de respeto entre padres e hijos.

Por Silvia Bacher

Exclusivo para la Fundación Proyecto Padres